

IDENTIDAD Y EDUCACION EN LA ARGENTINA

Hugo E. Biagini

En la primera parte del trabajo se glosan y examinan algunos enfoques heterogéneos que, vinculados al dominio pedagógico, se han sucedido en la historia intelectual de la Argentina moderna en relación con el disputado problema sobre la identidad cultural atribuible a ese país. Finalmente, se evalúan tales aproximaciones, mostrándose que, pese a sus diferentes enrolamientos ideológicos, padecen de similares limitaciones para dar cuenta de un panorama tan complejo. Por lo demás, se insinúan otros criterios para acometer dicha problemática, al tiempo que se rescatan dos apreciaciones sobre el particular a título ilustrativo y sin que ello suponga una coincidencia total con las mismas¹.

UN ENCUADRE POSITIVISTA

A la luz de lo que puede desprenderse de los últimos estudios pertinentes, ya no parecen convalidables las reiteradas imputaciones contra el positivismo argentino que le han achacado a éste una actitud de rechazo o indiferencia para abordar la temática nacional —al margen del juicio valorativo que dicho abordaje nos merezca.

Entre los casos más significativos pertenecientes a esa tendencia práctico-reflexiva se encuentra el escritor mendocino Agustín Alvarez (1857-1914), quien llegó a ocupar un puesto clave en la Universidad de La Plata —tras su desempeño como legislador y luego de haber prestado asesoramiento a las Fuerzas Armadas argentinas—. A lo largo de su producción, aquél no ha dejado de referirse a la vida americana y a

¹ He procurado responder al mismo asunto, con mayores fundamentos y despliegue argumental, en mi libro *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino* (Buenos Aires, Eudeba, 1989).

nuestro país muy en especial, procurando establecer los rasgos distintivos básicos que él percibía en tales latitudes.

Me detendré a analizar una de las obras menos frecuentadas de ese autor: sus *Ensayos sobre educación*, los cuales aparecieron originalmente como libro en 1901, volviendo a ser publicado por José Ingenieros con el título *Educación moral* (La Cultura Argentina, 1917) y cuya edición habremos de seguir aquí.

Según Alvarez, tanto los trastornos nacionales como los malos gobiernos corresponde adjudicárselos a tres motivos determinantes: a los defectos de los individuos, a la falta de preparación ética en los niños y a la tradición hispánica.

En cuanto al último factor mencionado, parece refrendarse el antihispanismo que evidenciaron, por distintas razones, los núcleos dirigentes durante el siglo XIX. De España heredamos una raigambre intelectualista, proclive a las generalizaciones exageradas. A ello deben sumársele fuertes dosis de altivez, inescrupulosidad y pereza que configuran un tipo humano francamente inmoral. El carácter mendaz, resabio jesuítico, pervive en la idiosincrasia de los políticos iberoamericanos. Por añadidura, también se deplora, como lastre hispano, que en los nuevos tiempos, donde imperan la electricidad y el autogobierno, siga subsistiendo en nuestro medio la política del sable y el catecismo.

Deméritos que se harán extensivos a los pueblos latinos en general, embargados por la ligereza y la inconducta. Mientras países como Inglaterra y Alemania exhiben un índice irrelevante de criminalidad, España, Italia y la Argentina —con mayores creces— padecen un altísimo porcentaje de homicidios entre su población.

Consiguientemente, Gran Bretaña y Estados Unidos son erigidos en modelos por antonomasia. En ellos, la plasmación de un temple moral dio pie para que aparezcan hombres auténticamente libres y sin dobleces. Allí prima la educación de la voluntad junto a la calidad en los conocimientos, procurándose convertir al niño por todos los medios en un *gentleman* cabal. El presidente Teodoro Roosevelt resulta exaltado como ejemplo de valor, autodomínio e iniciativa.

Contrario sensu, la educación argentina se halla abarrotada de teoría, por lo cual sólo se obtienen resultados profesionalmente escuálidos y divorciados de la realidad: como si se estaría ante «topos de biblioteca» o «faquires en derecho, medicina y matemáticas». Las escuelas y los colegios sólo fomentan el «instinto de engaño», habida cuenta de que los niños nacen embusteros —amén de ignorantes— y terminan siendo engañadores crónicos.

El problema específico para Alvarez consiste en que la enseñanza pública instruye pero no educa, pues se enseña mucha ciencia —o religión en los establecimientos confesionales— pero nada de moral. Pese a ser el país con mayor proporción de universitarios, la Argentina cuenta, asimismo, con el más alto número de «pillós». Se enfatiza la salvedad de que únicamente los hombres probos merecen acceder a la enseñanza superior.

De un modo paralelo, se critica la afirmación de Sarmiento relativa a la necesidad de crear muchas escuelas para evitar las revoluciones, señalándose que hacia 1900 la nación estaba apestada de «parásitos diplomados y eruditos revolucionarios» y que en la década de 1890 hubo cerca de veinte levantamientos armados. A todo esto se acusa como figurando entre los más grandes embusteros del mundo a quienes combaten por la verdad y pureza del sufragio.

En definitiva, el planteo se halla centrado en postulaciones como las siguientes: para impedir la corrupción política y social, el único antídoto eficaz consiste en educar el carácter infantil².

VARIACION ANTIPOSITIVISTA

Después del Centenario recrudecen los esfuerzos de distinto signo para explicar la mentalidad y el ser de los argentinos. El pensador cordobés Saúl Taborda (1885-1944) puede tomarse como un exponente sumamente ilustrativo de la preocupación por circunscribir la fisonomía nacional en esa otra etapa ideológica y política que le tocó atravesar al país.

Dichas inquietudes, Taborda las fue canalizando especialmente tras su regreso de un prolongado viaje por Europa, donde estuvo en contacto con el idealismo germano en ciernes. Las referencias principales sobre nuestra cuestión aparecieron, durante la sugestiva década de 1930, en *Investigaciones pedagógicas*, en *La crisis espiritual y el ideario argentino* y en los trabajos publicados en la revista *Facundo*, dirigida por el propio Taborda.

De acuerdo con el presente interés temático, las propuestas que ha ido volcando Taborda en esas obras caben ser entendidas, sin un excesivo *tour de force*, a partir de varios puntos esenciales:

- identificación entre filosofía y pedagogía para el estudio y la génesis de la personalidad;
- asimilación del ser humano ideal con un prototipo anterior al capitalismo;
- oposición a la europeización y a la yancofilia —exponentes de un colonialismo cultural y económico;
- exaltación del sistema calificado como «democracia funcional».

En forma simultánea, importa destacar algunos puntos más específicos y relevantes para nuestra indagación central, como la imagen de España junto a la visión de la Argentina y el papel que en ésta le cuadra a la educación.

² Sobre distintos aspectos en la obra del autor comentado pueden verse los trabajos de Arturo Andrés Roig, *Agustín Alvarez: sus ideas sobre educación y sus fuentes* (Mendoza, Dirección Provincial de Cultura, 1957) y «Ensayo bibliográfico sobre un positivista argentino: Agustín Alvarez», *Revista Interamericana de Bibliografía*, 12 (3): 279-298, 1968.

Taborda reivindica al individualismo hispánico por alejarse tanto de las versiones robinsonianas y asociales como del verbalismo y la elucubración. Se intenta también recuperar el comunalismo federalista, en tanto fenómeno previo a los Reyes Católicos que resurge con la conquista de América y la fundación de las ciudades por España, para prolongarse hasta la hora de nuestra Independencia. Todo ello ha sido engendrado por un humanismo antitecnológico de cuño hispano que se coloca al servicio de la libertad y la autodeterminación.

En cuanto al tópico recurrente sobre la argentinidad, Taborda hace emerger a ésta de un estatuto que precede a los mismos episodios rupturales de 1810, remontando nuestra más prístina nacionalidad al sentimiento y al alma castellana que llevamos en nuestra sangre y en nuestra raza. Las comunas argentinas, expresadas a través de esa raíz esencial que representa lo facúndico, se han forjado en la misma sociedad colonial y constituyen un elemento permanente del nosotros. Este espíritu comunal y caudillesco, verdadero legado hispánico, ha sido falsificado después de nuestra emancipación mediante un «Estado de importación» que se instrumenta por el pensamiento francés, las tesis contractualistas y el individualismo abstracto, los cuales centran la ciudadanía en el mero sufragio. Figuras como Moreno, Alberdi y Sarmiento han sido subyugados por esas ideas y por el capitalismo del *laissez-faire*.

Nuestra educación, en vez de asumir como debiera el estilo de vida afín con las cualidades del pueblo, también se ha dejado pervertir por ese Estado de importación, cayendo en una pedagogía deformante que responde a doctrinas extrañas. Se censura tanto la ley 1420, por su orientación atomista y spenceriana, como la equiparación entre política y educación, según lo cual esta última debe atenerse a formar al ciudadano, al elector, al trabajador, al comerciante. Con ello se pierde de vista el valor de la pedagogía como un fin en sí mismo.

No sólo se niega la pedagogía argentina postindependentista, atribuyéndosele una trayectoria saturada por el empirismo. Igualmente se objeta el haber abandonado la «pedagogía del genio nativo» —constante inherente a nuestra sociedad y detectable en ámbitos provinciales, con su trasfondo en las escuelas comunales coloniales.

También alude Taborda a la situación de su época, a la cual repudia por la inexistencia de una conciencia reflexiva, por la crisis de la democracia y el parlamentarismo, por la falta de partidos políticos orgánicos y, en particular, por el ascenso radical —como una «victoria plebocrática» donde irrumpe irracionalmente la vida suburbana.

La solución esbozada radica en volver al fenómeno originario, reinstalando el pensamiento nacional, la tradición anterior al siglo XIX, con su fondo místico y heroico que subordina los bienes terrenos³.

³ Cfr. el estudio y la antología de Adelmo Montenegro, *Saúl Taborda* (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1984).

ENFOQUES ACTUALES

A las caracterologías del positivismo y a aquellas que produjo la multifacética reacción contra ese movimiento —como las de Ortega, Keyserling, Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada, Guglielmini, Mallea o Juan B. Terán en los años treinta— se irán añadiendo otras que a veces reproducen elementos pertenecientes al conglomerado doctrinario citado en último término.

Así nos encontramos con aproximaciones como las que aparecen en *El mito gaucho* (Carlos Astrada, 1948), *Teoría de la ciudad argentina y Confines de Occidente* (B. Canal Feijoo, 1951 y 1954), *Nación y cultura* (Héctor Agosti, 1959), *El desarraigo argentino* (Julio Mafud, 1959), *La formación de la conciencia nacional* (J. J. Hernández Arregui, 1960), *Formas de la realidad Nacional* (Carlos Mastronardi, 1961) o *Presente y futuro de la filosofía en la Argentina* (Alberto Caturelli, 1972)⁴.

Al acercarnos a la década de 1980, entre los trabajos que se difunden hacia ese entonces, e.d. en uno de los períodos más cruentos que padeció nuestra sociedad, se hallan algunas obras donde se reactualizan las tesis del nacionalismo y el revisionismo histórico, pero sin ofrecer ninguna innovación fundamental a los habituales planteos enunciados por dichas vertientes doctrinales y metodológicas.

Proclamando —como lo había hecho otrora Leopoldo Lugones— que había advenido una nueva «hora de la espada», se publica un «libro de combate» en *Defensa de la argentinidad*⁵. Allí se declara la guerra sin cuartel a un antagonista que se intenta representar mediante un conjunto *sui generis* de corrientes y de prácticas institucionales: desde la libertad de pensamiento, el racionalismo, el laicismo, el liberalismo y el socialismo hasta la partidocracia junto al sufragio y las decisiones mayoritarias. Contra esas expresiones del mundo moderno el autor esgrime unos principios que, según él, resultan incommovibles y que, acaso para asegurar su trascendencia, el autor redacta con letras mayúsculas: Dios, Patria, Familia, Fe, Filosofía, Verdad Total y Eterna, Jerarquías Naturales, Autoridad, Orden, Honor, Rey, Fuerzas Armadas, Hispanidad. De tales nociones emana todo aquello que corresponde tomarse como lo peculiarmente argentino, al cual se le asigna, además, una «misión universal»: el liderazgo hispanoamericano. Prescindiéndose de la relevante impronta aborigen —los indios son presentados como pertenecientes al encomendero—, se nos asocia íntimamente a la Civilización Occidental, pero sin entender por ésta a aquella modalidad que propicia el pluralismo ideológico y el respeto por las diferencias, sino a una consecuencia exclusiva y excluyente de la Iglesia Católica tradicional.

⁴ Buena parte de esas obras las hemos analizado, junto al libro de Fermín Chávez *La recuperación de la conciencia nacional* (1983), en nuestro trabajo citado *supra*.

⁵ Escrito por Matías E. Suárez y prologado por Federico Ibarguren (Buenos Aires, Plus Ultra, 1978).

En el mismo año —1978—, con un enfoque más refinado, Julio de Zan no dejó de seguir análogos lineamientos revisionistas, a los cuales les adjudica el haber efectuado una «severa crítica» (De Zan, 1978). La nacionalidad, para De Zan, se constituye sustancial y unívocamente, sin grandes fisuras, bajo el ciclo colonial hispano, única tradición donde puede identificarse el «hombre argentino actual». A partir de ese legado se originó el país genuino y ontológico: la Argentina interior, el *ethos* criollo, verdadera constante histórica que se ubica más allá de la ideología y la política. Esa manifestación abarca un vasto arco social, que se extiende desde los sectores más altos del patriciado hasta las masas populares. Por otro lado, el iluminismo, el proyecto liberal progresista, rompen con dicho patrón cultural, generando un país formal de transplante.

Más recientemente, Marcelo Sánchez Sorondo (1987), partiendo de que el poder es algo que compete esencialmente a una minoría selecta y respaldando la concepción de la política bosquejada por Charles Maurras, vacila entre inclinarse por los golpes palaciegos o por la democracia, a la cual le niega que pueda ser un bien en sí. Empero, Sánchez Sorondo considera que las dictaduras militares respondieron principalmente a la «inanidad» gubernativa y a la conspiración de los políticos, por lo cual habría que resarcir a las Fuerzas Armadas y promover en ellas «su aptitud para el combate, su magisterio de estoicismo, su alta simbología asociada a la bandera de la patria que las identifica como imagen de la unidad nacional». También se muestra taxativo en su opción hacia la tradición nativa y católica, hacia «las voces antiguas de la patria criolla» —con su carácter enérgico— frente a la «pavorosa concentración cosmopolita», reflejada *v. gr.* en las canciones de protesta.

Cierto cambio de rumbo, orientado hacia la tónica liberal, aparece con Víctor Massuh y Marco Denevi. El primero se pronuncia contra la «desmesura» metafísica en las explicaciones que se han propuesto sobre el ser argentino y, muy especialmente, en relación tanto con los factores atentatorios de su evolución como con las medidas que cabe adoptar para permitir eventualmente una decidida recuperación. Dicha ausencia de medida o equilibrio es atribuida a la parcialización con que se efectúa el rastreo etiológico y la respectiva terapia. No existe un único responsable de la declinación nacional, sino que inculpación y exculpación, castigos y premios, deben ser igualmente repartidos entre las distintas instituciones, factores de poder y grupos de presión: lo mismo se trate de las Fuerzas Armadas o la Iglesia Católica que de los partidos políticos o la Universidad. Por ende, aunque se recomienda cultivar el jardín de las diferencias, queda en pie, como en el caso anterior, si puede juzgarse del mismo modo y llegar incluso hasta la absolución a quienes acallaron no sólo al inconformismo, sino que también cercenaron toda oposición, visualizando enemigos por doquier (Massuh, 1982).

Marco Denevi, por su parte, asocia la Argentina con *La República de Trapalanda* (Denevi, 1989) y se refiere a ésta como el sitio donde

preponderan la verbosidad y el macaneo, los políticos tramoyistas, histriónicos y malintencionados. Sus habitantes no pueden vivir bien en democracia, por su falta de madurez y por poseer un espíritu gregario, con inclinaciones hacia el derroche y la dilapidación. A todo ello, la inmigración europea, mediante capitalistas y gerentes de empresa, aportó un componente adulto, de ahorro, laboriosidad y sacrificio. Asimismo, Denevi celebra la indiferencia de la clase obrera argentina hacia el marxismo. La única esperanza para que los argentinos puedan rehabilitarse e ingresar en el siglo XXI consiste en que se produzca un «cambio generacional» por el cual se abandone la convicción de que aquéllos representan a un pueblo predestinado hacia la grandeza.

VALORIZACIONES

Dejando de lado los aspectos menos cuestionables que ofrecen algunas de las propuestas sintetizadas, se resaltarán los elementos críticos globales presentes en ellas.

En mayor o menor grado, todos los trabajos encarados se alejan de una noción positiva de identidad. Esta debe mensurarse en relación con ciertas variables claves como suponen, entre otras instancias, la correlación entre cultura y sustentación del poder, la idea de unidad en la diversidad junto al impulso hacia un activo proceso de humanización y democratización que estimule la autoafirmación individual y comunitaria.

Por lo contrario, en el material abordado se observa una serie de filiaciones negativas en cuanto al hacer más consciente la realidad con objeto de mejorarla, adoptándose en cambio imágenes distorsionadas que conllevan el estancamiento y la dependencia —justamente aquello que varios de los autores analizados pretenden neutralizar.

La posición de Agustín Alvarez surge como una de las más problemáticas. Por un lado, su intento por explicar las formaciones colectivas, junto a su mayor o menor evolución, a partir de los comportamientos puramente individuales y los talentos anímicos. Tampoco resulta convincente su apelación a la progenie étnica para dar cuenta de supuestos predomios mundiales y decadencias locales. Dichas categorías, al igual que la apelación a factores eticistas, soslayan la dimensión histórica y política de la cuestión nacional en juego. ¿Cómo compatibilizar, por lo demás, la admiración hacia Inglaterra y Estados Unidos que hace gala el autor con la manifiesta inmoralidad que revelaban esos países en sus avasallantes desplazamientos por el orbe? ¿El modelo mismo del *gentleman* puede ser tan significativo que para alcanzarlo se justifique el recurrir a las más crueles reprimendas? ¿No parece retomarse, aunque sea desacralizadamente, la vilipendiada creencia en el pecado original cuando se sostiene la mendacidad congénita del hombre? El subido elitismo de Alvarez se traduce en distintos órdenes de cosas: menosprecio —infundamentado— al pueblo argentino como

sumido en la corrupción; acentuado limitacionismo en materia universitaria y rechazo a la educación permanente; ataques al voto universal y a la limpieza electoral. En suma, tales planteos pueden ubicarse junto a la resistencia que trasuntaron los sectores dominantes finiseculares hacia un mayor protagonismo popular —como lo prueban sus reparos contra el ciclo revolucionario iniciado en 1890⁶.

Posee también serias restricciones el esquema desplegado por Saúl Taborda, con su espiritualismo tecnófobo y preindustrialista, con sus equívocas alusiones al alma, la sangre, la raza y el genio como aspectos determinativos. Una postura idealista regresiva lo hace abjurar por entero del capitalismo para refugiarse en una época arcádica previa donde no predominan los intereses materiales, donde la filosofía se impone a la ciencia y la educación resulta incontaminada por la política. Ese prodigioso marco, en el cual impera un liderazgo caudillesco reñido con las actividades partidarias, sirve de parangón a la nacionalidad argentina. Esta es concebida de un modo estático, con visos aristocratizantes y chovinistas que exaltan, por ejemplo, la enseñanza discriminatoria del coloniato y repudian el triunfo del radicalismo por incorporar a la masa extranjera. Mientras Agustín Alvarez le imputaba unilateralmente los pesares nacionales a la herencia española, Taborda centra nuestra personalidad social y sus hipotéticas virtudes en ese único ascendiente.

Buena parte de los trabajos dados a conocer recientemente todavía siguen planteando el perfil argentino bajo similares términos disyuntivos.

Nos detendremos en el ensayo escrito por De Zan, quien, postulando una nacionalidad inmune e inalterada, descarta en ésta a la contribución inmigratoria, por adjudicarle un mero propósito lucrativo —como si las luchas gremiales y políticas emprendidas en nuestro suelo por muchos inmigrantes hasta llegar al martirologio no hubiesen aportado definitivamente al desarrollo equitativo del país—. Ello se vincula con el *parti-pris* de que mientras el liberalismo decimonónico provocó grandes deformaciones, nada semejante ocurrió con el pensamiento español, el cual es imbuido de un carácter legitimador en sí mismo. Así, las tesis contractualistas son juzgadas sólo como artificios abstractos, sin advertir que aquéllas han colaborado en su momento para forjar un imaginario más justiciero acerca del gobierno, al concebir a éste como producto de la asociación entre los hombres y no conforme a una derivación absolutista supuestamente divina. Si bien De Zan lamenta la subestimación o el exterminio del indígena llevado a cabo bajo premisas declaradamente positivistas y darwinianas, pragmáticas y ateas —no estableciendo aquí ningún matizamiento ni excepcionalidad—, omite en cambio referirse al inconmensurable genocidio perpetrado por los conquistadores de cruces y espadas. Para-

⁶ Como es el típico caso de la idealizada figura de «Teddy» Roosevelt, quien fue invitado a visitar la Argentina por una institución que presidía el propio Alvarez (el Museo Social Argentino).

lamente, se cometen varios simplismos como el atribuirle a los sectores ilustrados un pensamiento puramente imitativo del europeo, o el reducir los principales problemas del país a la oposición en bloque entre las provincias y la metrópoli porteña, a la cual se le asigna el empobrecimiento del interior, que es erigido en el centro verdaderamente creativo y argentino —pasándose por alto las fuerzas retardatarias que también operan en el medio rural, los grupos propensos al cambio que se mueven en Buenos Aires y la penetración de la campaña en el área citadina.

En el libro de José Isaacson *La Argentina como pensamiento* (1983), si bien se discute en él la obra de Víctor Massuh ya reseñada, pueden extraerse diversas puntualizaciones adonde estarían condensadas las objeciones principales que, *mutatis mutandis*, cabe formularseles no sólo a los abordajes que hemos traído a colación, sino a la mayor parte de los trabajos sobre el polémico asunto del ser nacional que fueron divulgándose durante los períodos aquí acotados. Más allá de las reservas o adhesiones que depare la óptica personalista sostenida por Isaacson, él mismo alerta sagazmente contra las generalizaciones y contra los enfoques emotivistas que han indagado en torno al modo de ser argentino. La línea predominante en dicha indagatoria no suele distinguir, por ejemplo, entre quienes usufructúan el poder o no lo hacen, entre las corporaciones privilegiadas y aquellos grupos que se valen mucho menos del país para servir a sus propios beneficios. Difícilmente podrá entonces equipararse el papel jugado por la oligarquía a la función que han ido encarnando otros sectores de la sociedad. Isaacson también desconfía en la «psicologización de los problemas sociales», especialmente en lo tocante al reiterativo tópico acerca de la frustración nacional, lo cual, para aquél, no constituye una «fatalidad histórica», sino «el emergente de condiciones socioeconómicas, políticas y culturales bien definidas». Más puntualmente, se impugna la socorrida creencia acerca de que en la Argentina no existe discriminación racial.

De tal manera, concluimos citando a uno de los estudios que se han esforzado por aplicar lineamientos como los que hemos ido rescatando para comprender cabalmente el tema de la identidad, según se lo entiende hoy, *i.e.*, no sólo como un menester de auténtico reconocimiento de la mismidad —con todas las implicancias y heterogeneidades del caso—, sino además en tanto noción dinámica que tiende a introducir transformaciones estructurales en la propia realidad. Así, Gustavo Cirigliano, retomando a su manera la temática presente en autores como Agustín Alvarez, Ricardo Rojas y Saúl Taborda, se ocupa de enlazar el campo pedagógico con el desenvolvimiento nacional (Cirigliano, 1989). Cirigliano destaca tres proyectos de país, arrancando con la llegada de los españoles. El primero, de sumisión colonial, se prolonga hasta 1800; el segundo, de factura independentista, se extiende hasta mediados del siglo pasado; el último, de dependencia consentida, abarca entre 1880 y 1930. Frente a esos paradigmas y sus diversos grados de violencia y marginación, se menciona la elaboración de un

proyecto nacional alternativo surgido en las dos últimas décadas: el de la integración latinoamericana para la liberación continental. Aquí se procura perfilar una clase de país y de hombre, donde este último sabe que nace esclavo —v. gr., de una deuda externa que no contrajo— y pugna por ser libre. El encuadramiento parte de una personalidad arquetípica que se realiza dándose, no guardando ni acumulando; al estilo de reconocidos símbolos mundiales como Cristo, Ghandi, Luther King o las Madres de Plaza de Mayo. En cuanto a la educación, el pueblo, más que ser un simple beneficiario, aspira a convertirse en el sujeto de la misma. Mientras que hacia 1880 se buscó extender la enseñanza primaria, actualmente deberá «universalizarse la universidad».

BIBLIOGRAFIA

- CIRIGLIANO, Gustavo F. J.: *Educación y país. Hacia una teoría de la Argentina*, Buenos Aires, Humanitas, 1988.
- DENEVI, Marco: *La República de Trapalanda*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.
- ISAACSON, José: *La Argentina como pensamiento*, Buenos Aires, Marymar, 1983.
- MASSUH, Víctor: *La Argentina como sentimiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.
- SÁNCHEZ SORONDO, Matías: *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- ZAN, Julio de: «El problema de la identidad nacional del hombre argentino», *Megafón*, 8, 1978.